



***Dios premia nuestras
obras buenas***



*Dios premia nuestras
obras buenos*



En lo alto de las montañas, se alzaba un edificio imponente y grandioso. Parecía un castillo, pero era un convento donde vivían monjas virtuosas. A pesar de su majestuosidad, las hermanas vivían con sencillez, dedicadas a la oración y al trabajo en la tierra. Cultivaban sus alimentos y elaboraban dulces con las frutas de su generoso huerto.



De todas sus delicias, las manzanas del convento eran las más famosas. La gente de la comarca decía que nunca habían probado otras tan hermosas y sabrosas. Cerca de allí, vivía un niño llamado Eduardo con su abuelo, un hábil ebanista. Eduardo soñaba con esas manzanas, imaginando su sabor y su color.



Siempre que podía, Eduardo se escapaba con su perrito Faru para jugar cerca del muro del convento. Intentaba descubrir dónde estaba el huerto, con la esperanza de encontrar alguna fruta caída. Él sabía que no debía tomar lo ajeno, pero si una manzana estaba fuera del muro, ¡ya no tendría dueño! Faru olisqueaba por todas partes, y Eduardo buscaba sin éxito.



Una tarde, mientras curioseaban, la inmensa puerta de madera del convento se abrió lentamente. Eduardo se asustó. "¿Faru", le susurró a su perrito, "¿se habrán enfadado con nosotros por estar aquí?". Ambos miraron la puerta, vieja y desgastada, esperando. Entonces, apareció la Hermana María de Jesús, una monja mayor de rostro bondadoso



"Buenos días, pequeño. ¿Cómo te llamas?", preguntó la Hermana. "Buenos días, madre. Mi nombre es Eduardo. ¿Y usted, cómo se llama?", respondió él. "Hermana María de Jesús. Siempre te veo jugando por aquí con tu perrito. ¿Vives cerca?". Faru ladró amistosamente al oír su nombre.



"¡Quieto, Faru!", regañó Eduardo. Luego, se dirigió a la monja: "Sí, vivo aquí cerca con mi abuelo, que es ebanista". "¡Ebanista!", exclamó la Hermana. "Hace tiempo que buscamos uno para arreglar muebles. ¿Tu abuelo podría hacerlo? Pediremos autorización al obispo para que pueda entrar". "Voy a hablar con él. ¡Pero yo quisiera entrar también, soy su principal ayudante!". "No hay problema, pediremos autorización para un muchacho más", dijo la religiosa.



Eduardo se despidió de su nueva amiga y bajó la ladera, disparado, para contarle a su abuelo la gran novedad. Tendrían un trabajo buenísimo y él realizaría su gran sueño: ¡entrar en el convento y conocer las famosas manzanas! El abuelo aceptó con gusto, pues necesitaban trabajo en esos tiempos de escasez.



Algunas semanas después, llegaron las autorizaciones del obispo. Eduardo y su abuelo se dirigieron al convento. Eduardo estaba emocionado, aunque sentía la falta de Faru, a quien no había llevado para no entorpecer sus planes. Entraron por la enorme puerta antigua, y las monjas, avisadas, se recogían a su paso.



Visitaron la bonita capilla, donde los rayos del sol pintaban los mármoles con colores brillantes a través de los vitrales. Después de ver lo que tenían que arreglar, abuelo y nieto comenzaron su trabajo: serrar, martillar, lijar y pulir. Eran unos ebanistas de primera. A la hora del almuerzo, Eduardo paró para descansar. "Ha llegado la hora", pensó. "Voy a buscar la despensa, allí deben estar las manzanas".



Andaba de puntillas para no llamar la atención. Al final de un pasillo, encontró la tan codiciada despensa. Entró y vio armarios limpios y ordenados, llenos de botes de arroz, judías, harina y azúcar. "¿Dónde estarán las manzanas?", se preguntó, con el corazón latiendo aceleradamente. Abrió puerta tras puerta, solo encontrando utensilios de cocina.



¡Dios
te ve!

Por fin, cuando abrió el último armario, ¡oh alegría!
¡Ahí estaban! Manzanas de un rojo intenso,
enormes, junto a peras, melocotones y naranjas.
Miró a su alrededor para asegurarse de que estaba
solo, y se empinó para alcanzar una. En ese
momento, su mirada se encontró con un bonito
azulejo en la pared que decía con grandes letras
azules y doradas: "¡Dios te ve!".

Eduardo se quedó blanco. ¡Era verdad! ¡Dios le veía y
él estaba a punto de robar una manzana! Cerró la
puerta del armario despacito y volvió cabizbajo con
su abuelo. Esa manzana tan bonita no tendría sabor
si la hubiera robado. Se acordaría de eso toda su
vida, porque Dios ve todas nuestras obras. Nunca
estamos solos.



A la hora de la comida, la Hermana María de Jesús
les trajo sopa y, de postre... ¡manzanas!
Eduardo apenas lo podía creer.
Probó la fruta y le pareció del paraíso.

Dios siempre premia nuestras obras buenas

Agosto 2025



